

An illustration of a street scene at night. The central focus is a two-story building with a dark grey brick facade. The ground floor is a bookstore named 'HWANG BO-REUM', with a large glass window and door. Inside, two people are visible: one standing behind a counter and another sitting at a desk. The interior is warmly lit with yellow light. Above the entrance, a sign reads 'HWANG BO-REUM' in Korean. To the left of the entrance, a bicycle is parked. To the right, a woman in a red hat and blue skirt walks a white dog. The background shows other buildings and a tall apartment building with lit windows under a dark blue sky.

HWANG BO-REUM

BIENVENIDOS A LA LIBRERÍA HYUNAM-DONG

El fenómeno coreano que ha dado la vuelta al mundo.
Más de 3.000.000 de ejemplares vendidos.


ESPASA

HWANG BO-REUM

BIENVENIDOS A LA LIBRERÍA
HYUNAM-DONG



Traducción de Andrea Rivas Alamillo


ESPASA

Título original: *어서 오세요, 휴남동 서점입니다*

Título de la edición en inglés: *Welcome to the Hyunam-Dong Bookshop*

© 황보름 (Hwang Bo-Reum), 2022

Publicado originalmente por Clayhouse Inc.

La edición en español se publica por acuerdo con Clayhouse Inc, a través de BC Agency, Seúl

© por la traducción del coreano al inglés, Shanna Tan, 2024

© por la traducción del inglés al español, Andrea Rivas, 2024

Traducción al español bajo licencia de Rogers, Coleridge & White Ltd.

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2024

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-670-7472-7

Depósito legal: B. 12.072-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



SUMARIO

¿Qué caracteriza a una buena librería?	7
Está bien dejar de llorar	11
¿Cuál es el café del día?	19
Historias de personas que se fueron	27
Por favor, recomiéndeme un buen libro	31
Un momento para el silencio, un momento para conversar	38
Presentaciones de libros organizadas por la librería .	46
Goat Beans.	55
Botones sin ojales	64
Los clientes habituales.	80
El sorteo del ganchillo	88
De vez en cuando, una buena persona	102
Todos los libros son iguales.	107
Armonía y disonancia	115
¿Cuánto se parece usted a su escritura?	128
Una frase pobre debilita una buena voz	135
Una tarde de domingo para descansar	145
Tienes mal aspecto, ¿qué te ocurre?	152
Cómo veíamos el trabajo	161
Encontrando su lugar	174

Quería decir que no	185
El sentimiento de ser aceptada	191
La habilidad de dominar la ira	195
Comienzan los seminarios de escritura.	202
Te deseo lo mejor	211
El club de lectura para madres	226
¿Puedo vivir de una librería?	231
El barista Sí está los lunes	241
Te ayudaré a echarle un vistazo	244
Con honestidad y sinceridad	253
Concentrarse en el café cuando se prepara el café.	263
¿Quién era el hombre que había ido a buscar a Yeongju?	268
Soltando el pasado	275
Como si todo estuviera bien	288
Vamos a gustarnos	295
Una vida rodeada de buenas personas	304
Una prueba de sentimientos.	314
Un lugar que me hace ser mejor persona	325
Nos vemos en Berlín	330
¿Qué mantiene viva una librería?	338
Nota de la autora	345
Referencias literarias	349

Para comodidad del lector, los títulos de aquellas obras literarias extranjeras que no han sido editadas en español, pero que se citan en la novela, se han traducido. En la página 349 pueden consultarse, en orden de aparición, las referencias bibliográficas completas de las obras.

¿QUÉ CARACTERIZA A UNA BUENA LIBRERÍA?



Un hombre daba vueltas delante de la librería. Ligera-mente encorvado, se puso una mano sobre los ojos para protegerse de la luz del sol y miró por el cristal del escaparate. Se había equivocado con el horario de apertura y había llegado demasiado temprano. Mientras se dirigía hacia la tienda, Yeongju reconoció al hombre desde atrás. Era un cliente habitual que los visitaba dos o tres tardes por semana, siempre vestido con traje formal.

—Hola.

Sobresaltado, el hombre giró la cabeza con rapidez. Al ver a Yeongju, bajó las manos y se enderezó, sonriendo con timidez.

—Suelo venir por las tardes. Es la primera vez que estoy aquí a esta hora —dijo.

Yeongju le devolvió la sonrisa.

—Del resto no sabría decir, pero sin duda me da envidia que su trabajo comience a la hora del almuerzo —bromeó él.

—Me lo dicen a menudo —rio ella.

El hombre desvió la vista cuando sonaron los pitidos del código de entrada que ella marcó en el teclado y no

se volvió hasta que oyó el clic de apertura. Su rostro se relajó cuando atisbó a través de la puerta entornada.

Tras abrir de par en par, Yeongju lo miró de frente.

—Olerá un poco... a aire nocturno y a libros. Si no le molesta, es bienvenido a entrar.

El hombre dio un paso atrás agitando las manos.

—No, no. No pasa nada. No quiero molestarla, en especial fuera del horario de trabajo. Volveré más tarde. Oh, Dios, ¿no hace mucho calor hoy?

Yeongju sonrió ante su gesto considerado y no insistió.

—Apenas estamos en junio y ya hace un calor abrasador —respondió. Los rayos del sol hacían que le picara la piel del brazo.

Se detuvo en el umbral de la puerta y, antes de entrar en la librería, observó la figura del hombre mientras se alejaba. En el momento en que puso un pie dentro, se relajó como si su cuerpo y sus sentidos disfrutaran del confort de volver a su lugar de trabajo. En el pasado, solía creer fervientemente en mantras como *pasión y fuerza de voluntad*, como si al fijar esas palabras en su mente de algún modo otorgaran sentido a su vida. Luego, un día, se dio cuenta de que se sentía como si estuviese arrinconándose a sí misma, y decidió que no volvería a dejar que esas palabras gobernaran su vida. En lugar de eso, aprendió a escuchar a su cuerpo y sus sentimientos y procuró pasar tiempo en sitios felices. Se hacía a sí misma estas preguntas: «¿Este lugar me hace sentir positiva?», «¿Aquí me siento verdaderamente plena y puedo ser yo misma sin concesiones?», «¿Me quiero y me valoro aquí?». Para Yeongju, la librería cumplía todos los requisitos.

Era, en efecto, un día sofocante, pero antes de encender el aire acondicionado necesitaba renovar el ambiente, viciado del día anterior, y dejar entrar aire limpio. «¿Podré huir del pasado o es una tarea imposible?» Un feo hábito irrompible, la negatividad, asomaba su fea cabeza para desmotivarla, pero se apresuró a alejarlo con pensamientos positivos.

Conforme abría una a una las ventanas, entró el aire cálido y húmedo del exterior. Se abanicó con una mano y observó la librería. En su mente se amontonaban las preguntas. Si fuera su primera visita a la tienda, ¿confiaría en las recomendaciones de los libreros? ¿Cómo logra una librería ganarse la confianza de los clientes? ¿Qué caracteriza a una buena librería?

Se imaginó a sí misma entrando por primera vez. «Probablemente miraría con emoción esa pared», pensó. Las estanterías iban del suelo hasta el techo y estaban atestadas de novelas. «No, espera», refutó. No todos los clientes, ni siquiera si son grandes lectores, disfrutaban con la ficción. Era algo que había aprendido después de entrar a trabajar en la librería Hyunam-Dong. Aquellos a quienes no les gustaba el género seguramente ignorarían la pared por completo, reflexionó.

La sección de novelas de la librería era su forma de cumplir su propio sueño de la infancia. Cuando iba al colegio, la pequeña Yeongju atosigaba a su padre para que llenara las cuatro paredes de su habitación con libros de cuentos. Cada vez, él la regañaba, le decía que no podía ser tan avariciosa, aunque se tratara de libros. Ella sabía que no estaba enfadado y que solo intentaba quitarle el hábito que tenía de coger berrinches para conseguir todo lo que deseaba. Aun así, Yeongju solía rom-

per a llorar ante la firme negativa de su padre hasta que, cansada de hacer pucheros, se tumbaba sobre su pecho y se dormía en sus brazos.

Yeongju se apartó de la estantería contra la que se había apoyado, se dirigió hacia las ventanas y las cerró una tras otra, empezando por la primera de siempre, la que estaba situada más a la derecha. Con la última cerrada con firmeza, encendió el aire acondicionado y puso su álbum favorito: *Hopes and Fears*, de Keane. El álbum había salido en 2004, pero ella no había descubierto a la banda británica hasta el año anterior. Fue amor a primera escucha. Desde entonces, lo escuchaba prácticamente a diario. La voz lánguida y soñadora del cantante llenaba el aire mientras comenzaba un nuevo día en la librería Hyunam-Dong.

ESTÁ BIEN DEJAR DE LLORAR



Yeongju se sentó a su escritorio, al lado del mostrador, y abrió el correo para consultar los pedidos online. Lo siguiente que debía hacer era revisar la lista de las tareas pendientes que había preparado la noche anterior. Era un hábito que había adquirido cuando iba al instituto y que conservaba en la vida adulta: escribir todas las tareas que debía llevar a cabo al día siguiente, empezando por la más importante. Años después, aún mantenía la costumbre, aunque con un propósito diferente. Su versión más joven quería gobernar sus días con mano de hierro; para entonces, en cambio, a Yeongju le relajaba elaborar listas. Registrar aquellas actividades en las que necesitaba trabajar le confería la confianza de saber que sería otro día bien aprovechado.

Los primeros meses tras la apertura de la librería, se olvidó por completo tanto de las listas como del resto de sus buenos hábitos. Cada día pasaba entre un torbellino de complicaciones, como si el tiempo se hubiese detenido de golpe. Antes de abrir la librería había sido aún peor, sentía que algo le succionaba el alma... O, tal

vez, sería más adecuado decir que no se sentía ella misma en absoluto.

Solo tenía una cosa en mente.

«Tengo que abrir una librería.»

Se aferró a ese pensamiento y obligó a los demás a salir de su cabeza. Por fortuna, Yeongju era de ese tipo de personas que logran dominarse cuando tienen algo en lo que concentrarse. Esa era el ancla que necesitaba, así que se lanzó de lleno al proyecto: eligió una ubicación, encontró un local adecuado, se ocupó de la reforma y del mobiliario y compró el inventario. En medio de todo ese ir y venir, incluso se sacó un título de barista.

Y fue así como nació la librería Hyunam-Dong, emplazada en el barrio residencial del mismo nombre, en Seúl, Corea del Sur.

Al principio, Yeongju se limitaba a dejar la puerta abierta y no hacía nada más. Los paseantes entraban, atraídos por la atmósfera acogedora del lugar. Pero, en realidad, la librería era como un animal herido, que se quejaba débilmente, y pronto las pisadas de los visitantes fueron disminuyendo. Era por la imagen de Yeongju sentada en una silla, con el rostro tan gris que uno se preguntaba si aún le corría sangre por las venas: entrar en la librería era como una intromisión en su espacio privado. Ella los recibía a todos con una sonrisa, pero nadie se la devolvía.

La madre de Mincheol, una mujer atractiva con un sentido ostentoso de la moda, era una de las pocas personas que percibían la sinceridad de su sonrisa.

—¿Quién querría entrar en una librería como esta? Vender libros también es un negocio. ¡Mírate, encorvada en esa silla! ¿Crees que el dinero te va a caer del cielo?

Dos veces por semana, la madre de Mincheol asistía a clases de dibujo y de chino en el centro cívico del barrio. Después de las clases, se pasaba por la librería para ver cómo estaba Yeongju.

—¿Te encuentras bien hoy? —le preguntó un día la mujer, con un deje de preocupación en la voz.

—Siempre estoy bien. —Yeongju sonrió con languidez.

—Ya, todo el mundo estaba feliz de tener una librería en el barrio, pero luego ven a esta joven anclada a su silla, con cara de haber perdido un tornillo y como si, en realidad, ¡debiera estar en un hospital! ¿Quién se va a atrever a entrar? —exclamó la madre de Mincheol mientras sacaba un monedero brillante del bolso, igual de ostentoso.

—¿Solo he perdido un tornillo? Oye, pues no está tan mal... —repuso Yeongju.

La madre de Mincheol soltó una carcajada.

—Un americano con hielo, por favor.

—Solo trataba de ser menos perfecta, más humana. Supongo que me ha salido el tiro por la culata... —explicó Yeongju, inexpresiva.

—Hummm. ¿Te han dicho que adoro el buen sentido del humor?

Yeongju presionó los labios de manera que formaran una línea recta y arqueó las cejas como diciendo: «Saca tus propias conclusiones», a lo que la mujer respondió frunciendo el ceño con expresión divertida. Se apoyó en el mostrador y observó a Yeongju mientras le preparaba el café.

—A mí me sucedió algo similar —dijo entonces en voz baja, como si hablara consigo misma—. Mi cuerpo

se cerró y me sentía agotada. Después de dar a luz a Mincheol, hubo un periodo de mi vida en el que viví como una enferma. En realidad, me convertí en una enferma. Mi cuerpo estaba dolorido, pero lo que no podía entender era por qué también me dolía la mente. Ahora que lo pienso, probablemente fuera depresión.

—Tu café está listo.

Yeongju se disponía a poner una tapa al vaso de café para llevar cuando la madre de Mincheol le apartó la mano. Cogió una pajita y se sentó a una mesa; Yeongju se acomodó frente a ella.

—Lo peor era tener que actuar como si estuviera bien cuando no lo estaba —prosiguió—. Lloraba todas las noches y me compadecía de mí misma porque no era capaz de hablar de mi dolor. Me pregunto si las cosas habrían sido diferentes si hubiese podido estar como tú, ahí sentada, olvidándote de todo lo demás. Las lágrimas no se detenían, pero, ¿sabes?, cuando tenemos ganas de llorar, es importante dejar que salga todo. Reprimir el llanto solo hace que las heridas sanen más despacio.

La madre de Mincheol hizo una pausa ante el silencio de Yeongju y, de un trago, se bebió todo el café.

—Te envidio —añadió entonces—, envidio que tengas el espacio para hacerlo.

Durante los primeros meses, Yeongju también había llorado hasta no poder más. Dejaba que las lágrimas fluyeran, pero, si entraban clientes, se secaba los ojos y los saludaba como si todo anduviera bien. Nadie decía nada sobre su rostro surcado de lágrimas; nadie le preguntaba por qué lloraba, simplemente asumían que debía de haber alguna razón. Yeongju sabía muy bien por qué lloraba. Desde hacía mucho tiempo —tal vez durante

toda su vida— se había cernido sobre ella una sombra que la hacía llorar.

Nada había cambiado. La razón, atrapada en el pasado, seguía exactamente igual. Pero un día Yeongju se dio cuenta de que las lágrimas se habían detenido. Consciente de que estaba bien dejar de llorar, sintió como si, en ese momento, alguien le hubiera retirado una piedra muy pesada del pecho. Los días de sentarse indiferente en su silla iban disminuyendo, pues cada mañana era un poco más esperanzadora que la anterior. Aún no tenía la energía suficiente para hacer más por la librería, pero había vuelto a leer con voracidad.

Era como si hubiese regresado a esos días en que leía desde el amanecer hasta el anochecer, riendo mientras apilaba más y más libros, frunciendo el ceño concentrada mientras pasaba las páginas. Volvía a ser la pequeña Yeongju, la que leía durante las comidas ignorando las reprimendas de su madre; volvía al júbilo de leer incluso cuando sus ojos protestaban. «Si puedo experimentar esa felicidad una vez más, tal vez sea posible empezar de nuevo», pensaba.

Hasta el instituto, Yeongju había sido una ávida lectora. Sus padres estaban siempre ocupados y la dejaban leyendo en un rincón de casa. Una vez que hubo devorado todos los libros de su colección, comenzó a ir a la biblioteca. Amaba los libros. Las novelas eran sus favoritos, pues la llevaban de expedición a través de distintas tierras y mares desde la comodidad del hogar. Cuando tenía que obligarse a volver a la realidad —arrancándose de los dulces sueños lectores—, se le encogía el corazón. Pero no solía estar triste demasiado tiempo, pues solo necesitaba abrir un libro para sumergirse de nuevo en sus aventuras.

Leer en la librería vacía le traía recuerdos de la infancia, y sonrió. Se le ocurrió, mientras se frotaba los ojos con las palmas de las manos, que ya no tenía edad para participar en una maratón de lectura. Parpadeó varias veces antes de devolver la vista a la página y, como si intentara enmendar una amistad rota de su niñez, se abstraigo en los libros día y noche, sin despegarse nunca de su lado. No pasó mucho tiempo hasta que sanó su anhelada relación. Los libros la recibieron con los brazos abiertos sin juzgar el tipo de persona en que se había convertido y la aceptaron tal y como era. Y como si fuese una persona bien nutrida que hacía tres buenas comidas al día, se volvió más fuerte. Un día, al levantar la cabeza de las páginas, se encontró observando la librería con la mirada más clara y la mente más aguda.

«Necesito hacerlo mejor que esto.»

Yeongju buscó recomendaciones de libros y trabajó arduamente para llenar los estantes medio vacíos. Cada vez que leía un libro, anotaba sus pensamientos en una tarjeta que luego metía entre las páginas; en el caso de aquellos tomos que aún no había leído, recogía las opiniones de críticos literarios y de lectores que encontraba en internet. Cuando los clientes le preguntaban por un título que no le resultaba familiar, se aseguraba de buscarlo. No hacía nada de eso por los beneficios; su prioridad era crear una librería que luciera y se sintiera como tal. Sus esfuerzos fueron dando frutos. Los vecinos cercanos dejaron de lanzar miradas dubitativas a la tienda; los más perspicaces incluso notaron los cambios. Cada vez que entraban, la librería parecía un poco más cálida, más acogedora, y proyectaba un encanto magnético sobre los transeúntes que pasaban por delante. El cambio

más importante fue el de Yeongju: la librera que ponía nerviosos a los clientes con el rostro lleno de lágrimas ya no existía.

La librería comenzó a recibir visitantes de barrios cada vez más alejados. La madre de Mincheol estaba encantada de ver tantos rostros desconocidos buscando en las estanterías.

—¿Sabes cómo han encontrado la librería?

—Por nuestro Instagram.

—¿La librería está en Instagram?

—Sí. ¿Y sabe las notas escritas a mano que dejo entre las páginas de los libros? También cuelgo fotos de ellas online.

—Ah, ¿y la gente viene hasta aquí solo por eso?

—Bueno, no solo por eso. Soy muy activa en Instagram. Normalmente, a la hora punta de las mañanas, publico una foto con un cálido saludo. O escribo sobre un libro que estoy leyendo. A veces comparto pequeñas quejas de la vida. Ah, y más saludos a la hora de salir del trabajo, cuando la gente vuelve a casa en transporte público.

—Lo que hay en el cerebro de la gente joven me supera. ¿Para qué desplazarse hasta tan lejos por eso? Bueno, como sea, es maravilloso. Pensaba que solo te sentabas como un maniquí, pero parece que estás haciendo algo.

No había encontrado mucho que hacer cuando no le importaban las cosas, pero una vez que habían empezado a importarle, de pronto el trabajo era infinito. Desde el momento en que introducía el código para abrir la librería hasta que cerraba al final del día, sus manos y sus pies no paraban quietos un solo instante. Cuando sus extremidades comenzaron a enredarse entre sí mientras

hacía equilibrios con los pedidos que se amontonaban, tanto de la librería como de la cafetería, decidió que era hora de buscar ayuda, así que puso una oferta de empleo para baristas. Minjun llegó al día siguiente. Ese mismo día, tras dar un sorbo al café que el chico había preparado, Yeongju retiró el anuncio y él comenzó a trabajar al día siguiente, cerca del primer aniversario de la librería.

Había pasado un año desde entonces. Minjun llegaría en cinco minutos, y, como siempre, con una taza del café que le preparaba, Yeongju se sumergiría en una novela hasta la una, la hora en que la librería estaba lista para recibir a los clientes.